

TEXTO DEL MENSAJE DE MEDELLIN

El día 6 de Septiembre pasado la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano hizo público el siguiente documento.

La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, a los pueblos de América Latina: "La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo" (I. Cor. 1,3).

Al terminar los trabajos de esta II Conferencia General queremos dirigir un mensaje a los pueblos de nuestro Continente.

Nuestra palabra de Pastores quiere ser signo de compromiso.

Como hombres latinoamericanos, compartimos la historia de nuestro pueblo. El pasado nos configura definitivamente como seres latinoamericanos; el presente nos pone en una coyuntura decisiva y el futuro nos exige una tarea creadora en el proceso de desarrollo.

América Latina, una comunidad en transformación.

América Latina, además de una realidad geográfica es una comunidad de pueblos con una historia propia, con valores específicos y con problemas semejantes. El enfrentamiento y las soluciones deben responder a esa historia, a esos valores y a esos problemas.

El continente alberga situaciones muy diferentes, pero que exigen solidaridad. América Latina debe ser una y múltiple, rica en su variedad y fuerte en su unidad.

Nuestros países han conservado una riqueza cultural básica, nacida de valores religiosos y étnicos que han florecido en una conciencia común y han fructificado en esfuerzos concretos hacia la integración.

Su potencial humano más valioso que las riquezas escondidas en su suelo, hacen de América Latina una realidad prometedora y cuajada de esperanzas. **Sus angustiosos problemas** marcan también esa misma realidad con señales de injusticias que hieren la conciencia cristiana.

La multiplicidad y complejidad de sus problemas desborda este Mensaje.

América Latina parece que vive aún bajo el signo trágico del subdesarrollo que no sólo aparta a nuestros hermanos del goce de los

bienes materiales, sino de su misma realización humana. Pese a los esfuerzos que se efectúan, se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad, profundas desigualdades en los ingresos y tensiones entre las clases sociales, brotes de violencia y escasa participación del pueblo en la gestión del bien común. (Marc. 8,2).

La Iglesia, la historia de América Latina y nuestro aporte.

Como cristianos, creemos que esta etapa histórica de América Latina está vinculada íntimamente a la historia de la salvación (I Cor. 9,22).

Como pastores, con una responsabilidad común queremos comprometernos con la vida de todos nuestros pueblos en la búsqueda angustiada de soluciones adecuadas para sus múltiples problemas. **Nuestra misión es contribuir a la promoción integral del hombre y de las comunidades del continente.**

Creemos que estamos en una nueva era histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar.

A la luz de la fe que profesamos como creyentes, hemos realizado un esfuerzo para descubrir **el plan de Dios** en los "signos de nuestros tiempos". Interpretamos que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que **funda estas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraternal.**

Por fidelidad a este plan divino, y para responder a las esperanzas puestas en la Iglesia, queremos ofrecer aquello que tenemos como más propio: una visión global del hombre y de la humanidad, y la visión integral del hombre latinoamericano en el desarrollo.

Por ello nos sentimos solidarios con las responsabilidades que han surgido en esta etapa de transformación de América Latina.

La Iglesia, como parte del ser latinoamericano, a pesar de sus limitaciones, ha vivido

con nuestros pueblos el proceso de colonización, liberación y organización.

Nuestro aporte no pretende competir con los intentos de solución de otros organismos nacionales, latinoamericanos y mundiales, ni mucho menos los rechazamos o desconocemos. Nuestro propósito es alentar los esfuerzos, acelerar las realizaciones, ahondar el contenido de ellas, penetrar todo el proceso de cambio con los valores evangélicos. (I. Tes. 5.21).

Quisiéramos ofrecer la colaboración de los cristianos, apremiados por sus responsabilidades bautismales y por la gravedad del momento. De todos nosotros depende hacer patente la fuerza del Evangelio, que es poder de Dios (Rom. 1.16).

Quisiéramos ofrecer la colaboración de los cristianos, apremiados por sus responsabilidades bautismales y por la gravedad del momento. De todos nosotros depende hacer patente la fuerza del Evangelio, que es poder de Dios (Rom. 1.16).

No tenemos soluciones técnicas ni remedios infalibles. Queremos sentir los problemas, percibir sus exigencias, compartir las angustias, descubrir los caminos y colaborar en las soluciones.

La imagen nueva del hombre latinoamericano exige un esfuerzo creador: los poderes públicos, promoviendo con energía las exigencias supremas del bien común; **los técnicos,** planificando los caminos concretos; **las familias y educadores,** despertando y orientando responsabilidades; **los pueblos** incorporándose al esfuerzo de realización; el espíritu del Evangelio, animando con la dinámica de un amor transformante y personalizante.

Desafío del momento: posibilidades, valores, condiciones.

Nuestros pueblos aspiran a su liberación y a su crecimiento en humanidad, a través de la incorporación y participación de todos en la misma gestión del proceso personalizante.

por eso, **ningún sector debe reservarse en forma exclusiva la conducción política, cultural, económica y espiritual.** Los que poseen el poder de decisión han de ejercerlo en comunión con los anhelos y opciones de la comunidad. A fin de que esta integración responda a la índole de los pueblos latinoamericanos, deberá contarse con los valores que le son propios a todos y cada uno, sin excepción. La imposición de valores y criterios extraños

constituirán una nueva y grave alienación.

Contamos con elementos y criterios profundamente humanos y esencialmente cristianos, un sentido innato de la dignidad de todos, una inclinación a la fraternidad y a la hospitalidad, un reconocimiento de la mujer en su función irremplazable en la sociedad, un sabio sentido de la vida y de la muerte; una certeza de un Padre común y en el destino trascendente de todos.

Este proceso exige de todas nuestras naciones superar sus desconfianzas, **purificar sus nacionalismos exagerados** y resolver sus situaciones de conflicto.

Estimamos también irreconciliable con nuestra situación en vías de desarrollo tanto la inversión de recursos en la **carrera de armamentos, la burocracia excesiva, los gastos de lujo y ostentaciones, como la deficiente administración de la comunidad.**

Forma parte de nuestra misión denunciar con firmeza aquellas realidades de América Latina que constituyen una afrenta al espíritu del Evangelio. (Is. 58, 1, ss).

También nos corresponde reconocer y estimular todo intento positivo y profundo de vencer las grandes dificultades existentes.

La juventud.

En esta transformación, la juventud latinoamericana constituye el grupo de población más numeroso y se presenta como un nuevo cuerpo social con sus propias ideas y valores, deseando crear una sociedad más justa.

Esta presencia juvenil es aporte positivo que deben recoger la sociedad y la Iglesia.

Compromisos de la Iglesia latinoamericana.

Durante estos días nos hemos congregado en la ciudad de Medellín, movidos por el espíritu del Señor, para orientar una vez más, las tareas de la Iglesia en un afán de conversión y de servicio. (Gal. 4.19).

Hemos visto que **nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio,** todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica. Deben concluir las separaciones entre la fe y la vida, "porque para con Jesucristo... vale la fe actuada por la caridad". (Gal. 5.6).

Este compromiso nos exige vivir una verdadera **pobreza bíblica** que se exprese en manifestaciones auténticas, que sean signos claros para nuestros pueblos. Sólo una pobreza

de esa calidad transparentará a Cristo, Salvador de los hombres, y descubrirá a Cristo, Señor de la historia. (II Cor. 8.9).

Nuestras reflexiones han clarificado las dimensiones de otros compromisos, que, aunque con diversa modalidad, serán asumidos por todo el Pueblo de Dios:

—inspirar, alentar y **urgir un orden nuevo de justicia**, que incorpore a todos los hombres en la gestión de las propias comunidades;

—**promover** la constitución y las virtualidades de la **familia**, no sólo como comunidad humana sacramental, sino también como estructura intermedia en función del cambio social.

—dinamizar la **educación**, para acelerar la capacitación de hombres maduros en sus responsabilidades de la hora presente;

—fomentar los **organismos profesionales de los trabajadores**, elementos decisivos de transformación socio-económica;

—alentar una **nueva evangelización** y catequesis intensivas que lleguen a las elites y a las masas para lograr una fe lúcida y comprometida;

—renovar y crear **nuevas estructuras en la Iglesia** que institucionalicen el diálogo y canalicen la colaboración entre los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos;

—**colaborar con otras confesiones cristianas, y con todos los hombres de buena voluntad** que estén empeñados en una paz auténtica, enraizada en la justicia y el amor.

El resultado concreto de estas deliberaciones y compromisos os lo entregamos de forma detallada y confiada en el Documento Final que sigue a este mensaje.

Llamamiento final

Llamamos a todos los hombres de buena voluntad para que colaboren en la verdad, la justicia, el amor y la libertad, en esta tarea transformadora de nuestros pueblos, al alba de una era nueva.

De manera particular **nos dirigimos a la Iglesia y comunidades cristianas**, que participen de una misma fe con nosotros en el Señor Jesús. Durante esta Conferencia, hermanos nuestros de esas confesiones cristianas han estado participando de nuestros trabajos y de nuestras esperanzas. Junto con ellos seremos testigos de este espíritu de colaboración. (Ef. 4. 3.6).

Queremos también **advertir**, como un deber de nuestra conciencia, de cara al presente y

al futuro de nuestro Continente **a aquellos que rigen los destinos del orden público**. En sus manos está una gestión administrativa, a la vez liberadora de injusticias y conductora de un orden en función del bien común, que llegue a crear el clima de confianza y acción que los hombres latinoamericanos necesitan para el desarrollo pleno de su vida.

Por su propia vocación, **América Latina intentará su liberación** a costa de cualquier sacrificio, no para cerrarse sobre sí misma sino **para abrirse a la unión con el resto del mundo**, dando y recibiendo en espíritu de solidaridad. (Gal. 6.2).

De forma particular juzgamos decisivo en esta tarea el **diálogo con los pueblos hermanos de otros continentes**, que se encuentran en situaciones semejantes a las nuestras. Unidos en los caminos de las dificultades y de las esperanzas, podemos llegar a hacer que nuestra presencia en el mundo sea definitiva para la paz.

A otros pueblos que superaron ya los obstáculos que nosotros encontramos hoy, **les recordamos que la paz se fundamenta en el respeto de la justicia internacional**. Justicia que, a su vez tiene su fundamento y su expresión en el reconocimiento de la autonomía política, económica y cultural de nuestros pueblos. (Is. 32, 17).

Finalmente, esperamos en el amor de Dios Padre, que se nos manifiesta en el Hijo, y es difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos une y anima siempre la acción por el bien común.

Esperamos así ser fieles a los compromisos que hemos contraído en estos días de reflexión y oración comunitaria, para aportar la plena y efectiva colaboración de la Iglesia en el proceso de transformación que está viviendo nuestra América.

Esperamos también ser escuchados con comprensión y buena voluntad por todos los hombres con los que comulgamos en un mismo destino y en una misma aspiración.

Ponemos bajo la protección de María, Madre de la Iglesia y patrona de las Américas, todo nuestro trabajo y esta misma esperanza, a fin de que se anticipe entre nosotros el Reino de Dios.

Tenemos fe: en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de América Latina.

"La gracia del Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros". (II Cor. 13, 13).
Medellín, 6 de septiembre de 1968.